LIBRO DE HECHOS

Lección 29, Capítulo 13

Al concluir la semana pasada el capítulo 12 de Hechos, el enfoque, que hasta entonces había estado principalmente en Pedro y en lo que sucedía en Tierra Santa, pasa ahora a Pablo y a las tierras extranjeras que eran el hogar de la mayoría de los judíos. Hemos llegado a un nuevo hito: el Señor ha instruido específicamente a los miembros del Camino, que hasta ahora estaban compuestos casi en un 100 % por judíos, para que lleven el Evangelio a los gentiles. Por supuesto, esto no significaba en absoluto que la evangelización de los judíos debiera disminuir o llegar a su fin. Simplemente se ha abierto un segundo frente para llevar a todo el mundo, sin importar raza, etnia o nacionalidad, la promesa de bendiciones contenida en el Pacto de Abraham.

Al cerrar Hechos 12, encontramos a Pablo y Bernabé de regreso en Jerusalén, llevando dinero para ayudar a los creyentes de Jerusalén a sobrellevar una hambruna que había estallado en todo el Imperio romano. Ese dinero fue resultado de la generosidad caritativa de los judíos y gentiles creyentes de Antioquía, Siria.

Leamos el capítulo 13 de Hechos.

LEER TODO HECHOS 13

Ahora, de vuelta en Antioquía, se nos dice que la comunidad creyente de allí era atendida por profetas y maestros. Entre ellos estaban Bernabé, Pablo, un hombre llamado Shimón Niger, Lucio de Cirene y Manaén, quien tenía algún tipo de relación no especificada con Herodes Agripa (Herodes Agripa había muerto hacía poco).

Uno de los nombres que no se menciona entre estos maestros y profetas es Juan Marcos, aunque el versículo final del capítulo 12 dice que acompañó a Pablo y Bernabé. Esto se debe a que Juan Marcos era, en realidad, un personaje secundario; se le considera siervo o ayudante, por lo que no se le mencionaría entre los maestros o profetas. Sabemos qué hacen los maestros, pero, en este contexto, ¿cuál sería la función de un

profeta? Parece que en esta época los profetas y los maestros eran casi lo mismo. Es probable que un profeta fuera simplemente un maestro más cualificado. En el Nuevo Testamento, la mayoría de las referencias a profetizar en realidad se refieren a proclamar la Palabra escrita de Dios (citar la Biblia hebrea). La única diferencia perceptible entre ambos términos parece ser que los maestros solían formar parte de la comunidad local y enseñaban regularmente, mientras que los profetas tendían a ser itinerantes e iban de sinagoga en sinagoga compartiendo sus enseñanzas. Ambos eran muy respetados.

Entre estos maestros y profetas de Antioquía reconocemos los nombres de Pablo y Bernabé, pero los demás no nos habían sido presentados antes. Como *niger* significa «negro» en latín, aparentemente Shimón era un hombre de piel negra, aunque no sabemos de dónde procedía. Lucio era de Cirene, conocida hoy como Libia. No sabemos si Manaén era originario de Antioquía o si también había llegado de otro lugar. Basta con saber que Manaén es la forma griega del nombre hebreo Menajem. Todos estos hombres eran creyentes judíos.

El versículo 2 explica que, mientras adoraban y ayunaban juntos, el Espíritu Santo les indicó que había llegado el momento de apartar a Pablo y Bernabé para el ministerio específico que el Señor ya había decidido para ellos: llevar el Evangelio a los gentiles. En otras palabras, aquí no sucedió nada nuevo. Aunque no puedo estar seguro, creo que lo que se describe como «el Espíritu Santo diciéndoles» no fue una visión, una aparición ni una voz audible, sino algo parecido a lo que los creyentes modernos reciben especialmente durante la oración: un pensamiento que llega a nuestra mente y que instintivamente sabemos que proviene de Dios. Hoy es común decir: «El Señor me dijo» tal o cual cosa. Pero en Hechos, donde se enfatiza al Espíritu Santo, era más habitual atribuir ese pensamiento o impulso al Espíritu Santo.

También es interesante que con frecuencia vemos la adoración o la oración acompañadas de ayuno, como en este pasaje. No está claro qué forma tenía ese ayuno. Algunos estudiosos creen que la palabra «ayunar» significaba lo mismo que entendemos hoy: abstenerse de comer durante un período determinado. Otros piensan que, aunque puede significar eso, también puede referirse a privarse por un breve tiempo de otras cosas.

Es decir, el ayuno no siempre tenía que ver con la comida. En cualquier caso, el ayuno como parte de la adoración o la oración era habitual en aquella época, y parece que ayudaba a quienes adoraban a escuchar y responder mejor al Espíritu Santo. He hablado con muchos creyentes que me dicen que, efectivamente, ayunar y orar parece aumentar su sensibilidad hacia Dios; por lo general, también he comprobado personalmente que esto es cierto. Hilary Le Cornu señala que en la obra judía anónima titulada *Apocalipsis de Elías* encontramos una buena perspectiva de cómo la gente de aquella época entendía los efectos esperados del ayuno, pues allí se afirma:

«Un ayuno puro... libera del pecado. Sana enfermedades. Expulsa demonios. Es eficaz ante el trono de Dios como ungüento y para liberar del pecado mediante la oración pura».

El ayuno extremo (es decir, abstenerse de comida y quizá también de otras cosas durante períodos prolongados) era considerado por las personas especialmente piadosas como un medio para obtener una visión divina que buscaban. No recomiendo ese enfoque, tanto por razones de salud como espirituales. Sin embargo, el ayuno siempre debía ir acompañado de una oración intensa; de lo contrario, no servía para ningún propósito espiritual. En eso estoy completamente de acuerdo.

También es significativo que, hasta ahora, hemos visto principalmente a profetas, maestros y discípulos de Yeshua recibir sus instrucciones divinas por medio de un mensaje de un ángel, a veces de Dios mismo y, en otras ocasiones, de Yeshua. Pero ahora se atribuye esa dirección al **Ruaj HaKodesh.**

He señalado a menudo que hay muchas pruebas que sugieren firmemente que Yeshua, Juan y quizá algunos otros de los primeros discípulos de Yeshua tuvieron bastante interacción con los esenios de Qumrán. Muchos términos e ideas expresados en algunos documentos esenios (los Rollos del Mar Muerto) se reflejan en las palabras de Cristo y de otros escritores del Nuevo Testamento. Y, aunque no se expresen exactamente con los mismos términos, a menudo encontramos en el Nuevo Testamento conceptos teológicos particulares de los esenios explicados de manera similar. He aquí un ejemplo relacionado con la teología esenia sobre el

Espíritu Santo, que aparece en el documento de los Rollos del Mar Muerto identificado como 1QH20:

«Y yo, el Instructor, te he conocido, Dios mío, por medio del Espíritu que pusiste en mí, y he escuchado fielmente tus maravillosos secretos por medio de tu Espíritu Santo. Has abierto dentro de mí el conocimiento del misterio de tu sabiduría y la fuente de tu poder…»

Esto se escribió varios años antes del nacimiento del Mesías Yeshua. Por tanto, tenemos aquí una prueba contundente de que estos hombres devotos, que vivían en el asentamiento desértico de Qumrán, alejados del judaísmo institucional y separados del Templo y del sacerdocio corruptos, ya habían comenzado a reconocer la importancia fundamental de la obra del Espíritu Santo de Dios. También resulta fascinante el concepto de la obra del Espíritu **dentro** de una persona, en lugar de estar solamente sobre ella, que era la forma en que el Espíritu Santo había actuado hasta entonces. Sin embargo, estoy seguro de que tampoco imaginaban cuán fundamental sería pronto la presencia y la función del Espíritu Santo en el plan de redención de Dios, una vez que apareciera el Mesías y luego se marchara.

A partir del versículo 4 (y hasta Hechos 14:26) se nos habla de los primeros cuatro viajes misioneros de Pablo. Pero él y Bernabé no partieron hasta que los líderes creyentes de Antioquía los apartaron mediante oración y les impusieron las manos. Esto sirvió para comisionarlos oficialmente y para expresar el acuerdo y el reconocimiento de los líderes de la congregación de Antioquía respecto de la misión de Pablo y Bernabé entre los gentiles. Así vemos algo que debemos tener presente: los viajes misioneros de Pablo fueron autorizados y respaldados por la congregación de creyentes de Antioquía, no por los líderes y la congregación de creyentes de Jerusalén, encabezados por Pedro y Jacobo.

Así pues, Sha'ul y Bar-Nabba fueron al puerto marítimo local de Antioquía, llamado Seleucia Pieria, y desde allí navegaron hasta la isla mediterránea de Chipre. Chipre estaba a solo unos 60 millas náuticas de Seleucia, por lo que el viaje no habría tardado mucho. Sin embargo, como el avance de los barcos dependía del viento y del clima, la duración de cada viaje

variaba. Este es un buen momento para mencionar que, tanto por mar como por tierra, había una temporada apropiada para viajar y otra que convenía evitar, si era posible. En términos generales, era preferible viajar y transportar mercancías entre finales de mayo y mediados de septiembre (según el calendario moderno). Desde mediados de septiembre hasta mediados de noviembre, y luego desde mediados de marzo hasta finales de mayo, el clima podía ser severo y cambiar rápidamente. Por eso, aunque los viajes y el transporte marítimo no se detenían por completo, era mejor evitar esos períodos si era posible, porque los riesgos aumentaban considerablemente. Debemos tenerlo presente al leer acerca de los viajes de Pablo; quizá nos dé pistas sobre la época del año en que viajaba.

Además, no existían barcos comerciales destinados exclusivamente al transporte de pasajeros. Todos los barcos transportaban carga, así que quien compraba un pasaje no disponía de una bonita cabina ni recibía comidas calientes. Dependiendo de las circunstancias, podía terminar durmiendo en la cubierta o acostado encima de la carga en la bodega. Si había alguna comodidad, pertenecía a la tripulación. Por lo general, los pasajeros tenían que llevar su propia comida y provisiones si esperaban comer. Era importante ser flexible con los planes de viaje, porque la ruta podía cambiar en cualquier momento si surgía una oportunidad comercial o si el viento o el clima obligaban a hacerlo.

Sin embargo, por incómodo y arriesgado que fuera viajar por mar para los pasajeros, también era un medio de transporte económico. Por eso, Pablo y Bernabé no necesitaban demasiados fondos de la congregación de Antioquía para pagar sus viajes por mar durante las misiones.

El versículo 5 explica el patrón básico de los lugares donde Pablo y Bernabé proclamaban las buenas noticias: iban a las sinagogas. Naturalmente. No existían «iglesias» en el sentido habitual en que pensamos en ellas, ni existían «cristianos» como un movimiento de gentiles que adoraban a Jesús y estaban separados de los judíos y del Camino. El primer lugar al que llegaron en Chipre fue Salamina. Sin duda, Bernabé iba al frente porque Chipre era su hogar. Aquí se menciona a Juan Marcos y su función como «ayudante». Juan Marcos era primo de Bernabé.

Los comentaristas bíblicos suelen decir que Pablo iba primero a las sinagogas para cumplir la instrucción de Yeshua a sus discípulos: «Primero a los judíos… y después a los griegos». Aunque no puedo descartar del todo esa explicación, dudo que eso fuera realmente lo que Pablo tenía en mente. Después de todo, Yeshua le había dicho que sería el emisario de las buenas noticias a los gentiles, y luego él y Bernabé fueron comisionados en Antioquía y enviados a cumplir esa misión específica. Pablo iba a las sinagogas porque los primeros gentiles a los que se acercó ya eran temerosos de Dios (por así decirlo, ya habían recorrido la mitad del camino), y en la diáspora había, en general, menos resistencia a que los gentiles entraran en las sinagogas para adorar junto con los judíos. Se había establecido un día tradicional de reunión y adoración comunitaria en Shabat, y era bien conocido; además, era común que visitantes y profetas itinerantes acudieran a las sinagogas para enseñar o hablar. En otras palabras, ya existía una organización y un sistema que Pablo podía aprovechar. Y recordemos: el Camino era simplemente otra secta del judaísmo, y no existía un objetivo declarado —ni siquiera por parte de Pablo— de establecer algún día lugares de culto para gentiles no judíos, y mucho menos de separar la adoración a Yeshua del judaísmo para convertirla en una religión nueva y distinta. Además, los judíos de la diáspora eran, por lo general, helenistas: hablaban griego y llevaban un estilo de vida griego. A la sociedad griega le encantaba escuchar y debatir ideas nuevas, por lo que no dudaban en permitir que distintos oradores hablaran en sus sinagogas. Por eso Pablo y Bernabé solían ser bien recibidos, aunque a veces, después de escucharlos, los expulsaran de la ciudad.

Por cierto, es interesante observar que las sinagogas estaban más arraigadas en tierras extranjeras que en Tierra Santa. Las sinagogas más antiguas descubiertas se han encontrado en lugares como Macedonia e Italia. La razón es evidente: la sinagoga fue inventada y creada por los judíos de la diáspora para que la usaran en las naciones extranjeras donde vivían. Habían existido en una forma muy parecida a la que Pablo visitaba durante más de tres siglos. Así que las sinagogas eran una parte familiar y aceptada del entorno para los gentiles, aunque la mayoría nunca hubiera entrado en una.

Después de pasar un tiempo no especificado en Salamina, viajaron poco más de 50 millas hacia el suroeste de la isla, todavía en Chipre, hasta la ciudad de Pafos. Allí se encontraron con un hechicero llamado Elimas. Este es el nombre griego de Bar-Yeshua (que significa «hijo de Yeshua»). No se refiere de ninguna manera al Mesías ni pretende burlarse de él. Yeshua era uno de los nombres más comunes entre los varones judíos de aquella época. Sin duda, eligieron Pafos porque era el centro administrativo y gubernamental de Chipre. Por eso se nos dice que este hechicero judío, Bar-Yeshua, estaba asociado con el procónsul romano Sergio Paulo, de quien se dice que era un hombre inteligente. Era común que los dirigentes gubernamentales tuvieran adivinos y videntes a su servicio, pues los romanos eran muy supersticiosos. También es notable que Elimas fuera un mago judío, algo estrictamente prohibido en la Torá de Moisés, cuyo castigo era la muerte.

El procónsul romano gentil estaba interesado en escuchar el mensaje de Pablo acerca del Dios de Israel, pero el mago judío se oponía. Entonces Pablo, ferviente y directo, arremetió contra el mago y le dijo que era hijo del diablo y que, por oponerse al Señor, recibiría una maldición de Dios. La reprimenda de Pablo se debió específicamente a que aquel mago era judío y debería haber sabido que esa práctica estaba prohibida. Inmediatamente, el hechicero perdió la vista y tuvo que ser guiado de la mano. Observemos lo parecido que es esto a lo que le sucedió a Pablo en el camino a Damasco. El venerable Beda, uno de los primeros Padres de la Iglesia, dice al respecto: ***«Pablo, recordando su propio caso, sabía que, al oscurecerse los ojos, la oscuridad de la mente podía volver a la luz».***

Parece muy probable que cuando Pablo llamó a Bar-Yeshua «hijo del diablo» estuviera usando uno de esos hebraísmos ocultos del Nuevo Testamento de los que hemos hablado. Es decir, una expresión hebrea que queda disimulada al traducirse al griego y, después, al inglés. Recordemos a quién se dirige Pablo: a un mago JUDÍO. Probablemente lo llamó con un epíteto hebreo conocido: **Ben Belial**. Incluso en hebreo, **Belial** tiene un significado ambiguo, aunque gira en torno a la idea de ser inútil y malvado. Por eso, a veces **Ben Belial** se traduce como «hijo de la inutilidad». Así se entiende cómo en griego pudo traducirse como **huios diabolos**. Esta expresión griega significa literalmente «hijo de la

calumnia» o «hijo de quien se alía con el mal». En una traducción es común que un idioma no tenga un equivalente directo en otro; entonces hay que elegir una expresión parecida, aunque probablemente no transmita el significado exacto.

El gobernador romano quedó impresionado por lo que Pablo parecía haberle hecho a Elimas y ahora estaba dispuesto a escuchar. Prestó mucha atención al mensaje de Pablo y se nos dice que creyó, porque el mensaje quizá era lo más profundo que había escuchado en su vida. Sin embargo, no está claro en qué creyó ni hasta qué punto lo aceptó. ¿Creyó el Evangelio que oyó o, más bien, en el Dios de Israel en general? Y aunque creyó lo que escuchó, ¿significaba eso que consideraba verdadero lo que Pablo decía o se trataba de una fe salvadora? No lo sabemos. No se nos dice que el Espíritu Santo viniera sobre el gobernador ni que se le indicara bautizarse. Por eso dudo que esto signifique que el gobernador romano aceptó a Cristo como su Señor y Salvador.

Después de un tiempo indeterminado en Chipre, los tres encontraron un barco que los llevara a la costa de Asia Menor, a Panfilia y a la ciudad de Perge. Perge era la principal ciudad metropolitana de la región. Allí Juan Marcos dejó a Pablo y Bernabé y regresó a Jerusalén. No se da ninguna razón para su partida. Pero más adelante, en Hechos, leemos que Pablo estaba bastante disgustado con Juan Marcos por haberlos dejado y consideró que los había abandonado. Así que ya se habían desarrollado ciertos problemas entre Juan y Pablo (recordemos que Juan y Bernabé eran familia, por lo que este conflicto seguramente también causó fricciones entre Bernabé y Pablo).

El versículo 14 explica que desde Perge Pablo y Bernabé fueron a Antioquía de Pisidia. Como de costumbre, esperaron al Shabat y luego acudieron a la sinagoga local. Esta es una Antioquía distinta de la de Siria. De hecho, se conocen 15 o 16 lugares llamados Antioquía, porque todos recibieron ese nombre en honor de Antíoco Epífanes. Se nos dice que tuvieron que cruzar una cordillera para llegar allí, así que seguramente planificaron el viaje para evitar las nieves del invierno y los aguaceros de primavera. La distancia entre Perge y Antioquía de Pisidia superaba las 125 millas, por lo que el viaje tomaría alrededor de una semana si el clima era favorable.

Como en todos los lugares a los que han ido hasta ahora, en Antioquía de Pisidia había una comunidad judía. No es que casi todas las ciudades del Imperio romano tuvieran una comunidad judía; es que Pablo y Bernabé elegían deliberadamente ciudades y pueblos con suficientes judíos para sostener una sinagoga. Era costumbre que en Shabat se sacara el rollo de la Torá de su arca, se desenrollara y se leyera. Observemos que el versículo 15 dice: «Después de la lectura de la Ley y los Profetas…». La Ley es sinónimo del término Torá. Después de leer la porción semanal de la Torá (una sección de Génesis a Deuteronomio), seguía la lectura de la **Haftará**, una serie de lecturas de las Escrituras tomadas de los Profetas. La palabra **Haftará** puede parecer relacionada con Torá, pero no lo está. Significa algo parecido a «despedida» o «partida». Nadie sabe exactamente cuándo comenzó la tradición de reunirse en las sinagogas durante el día de reposo ni cuándo se originó el servicio habitual de leer una porción de la Torá seguida de una lectura de los Profetas. Pero sabemos que ocurrió antes de los tiempos del Nuevo Testamento, porque aquí lo leemos en Hechos 13:14-15.

También era costumbre que, después de las dos lecturas de las Escrituras, el presidente de la sinagoga —o, en una etapa posterior del desarrollo de la sinagoga, el rabino— hiciera un breve comentario. A menudo se daba la palabra a la congregación por si alguien quería decir algo. Las lecturas se hacían en griego, a partir de la Septuaginta, la traducción griega de la Biblia hebrea. En la época de Pablo, la mayoría de las sinagogas no tenían maestros asignados formalmente. Quizá hubiera varios hombres a quienes se invitaba regularmente a enseñar. Pero incluso entonces, las enseñanzas posteriores a las lecturas no eran estudios exegéticos de las Escrituras; se parecían más a una enseñanza moral sobre algún aspecto de la vida judía. Recordemos que el judaísmo giraba entonces, como ahora, en torno a la **Halajá**, la ley judía. La ley judía es una fusión de la Torá de Moisés, las tradiciones y las costumbres. Por tanto, el estudio de las Escrituras tal como lo conocemos en Seed of Abraham Torah Class no era la modalidad habitual en la sinagoga. Cuando se realizaba, tenía lugar en un **Beit Midrash**, una casa de estudio.

Entonces, quienes presidían aquella sinagoga de Antioquía invitaron a Pablo o a Bernabé a dirigir unas palabras de ánimo a la congregación. Pablo respondió subiendo a la plataforma elevada, el **Bema**, y comenzó

a hablar. Sus palabras iniciales son reveladoras: se dirige a su audiencia como 1) hombres de Israel (**Israelim**) y 2) temerosos de Dios. «Hombres de Israel» significa hebreos, judíos. «Temerosos de Dios» se refiere a gentiles que adoran al Dios de Israel, pero que no se han convertido al judaísmo. Esto demuestra que en aquella sinagoga se permitía a los gentiles reunirse con los judíos y, aparentemente, la congregación judía no tenía problemas serios relacionados con la pureza ritual. No sucedía así en todas las sinagogas del Imperio romano; en Tierra Santa, y especialmente en Jerusalén, ocurría lo contrario. Esta realidad desempeñará un papel importante en lo que suceda durante el Concilio de Jerusalén de Hechos 15. Pablo pronuncia ahora un discurso que recuerda al que el mártir Esteban presentó en su defensa ante el Sanedrín. Es, esencialmente, un repaso histórico del pasado de Israel para demostrar un punto.

Pablo comienza con el primero de los patriarcas de Israel, Abraham, porque con la elección de Abraham por parte de Dios nació el pueblo hebreo. Aquí se presentan una serie de puntos teológicos importantes que verdaderamente podrían llamarse «Cristianismo 101». Son los fundamentos para comprender la historia de nuestra fe. Cuando reconocemos que Abraham fue la raíz y también el primer hebreo, tenemos toda la justificación necesaria para defender la definición de nuestra fe como una fe de «raíces hebreas», verdadera y correctamente.

Cuando Pablo dice que Dios hizo que el pueblo fuera «grande» mientras vivía en Egipto, quiere decir «grande» en el sentido de numeroso, no de meritorio. Quiero detenerme un momento para que escuchen lo que dice David Stern, editor de la Biblia Judía Completa, sobre el concepto de que Dios escogiera al pueblo hebreo entre todos los pueblos del planeta para apartarlo para sí. La elección de uno sobre otro suele interpretarse como motivo de orgullo, cuando debería producir lo contrario.

«Aunque es posible que algunos judíos, al igual que algunos cristianos, se sientan orgullosos de haber sido escogidos, creo que a muchos les resulta vergonzoso y desearían, como Tevye en *El violinista en el tejado*, que Dios "escogiera a alguien más por una vez". Pero solo si interpreto la elección como superioridad llego a sentir vergüenza u orgullo. La actitud correcta, la que adoptaron

Sha'ul y los escritores del Tanaj, es reconocer que la elección de Israel por parte de Dios no se basa en ninguna cualidad especial de Israel, sino enteramente en la gracia de Dios, entendida correctamente como el favor inmerecido de Dios. Ser conscientes de que este favor no se merece debería hacernos humildes, sin avergonzarnos».

En el versículo 17, cuando Pablo dice que Dios sacó a Israel de Egipto «con brazo extendido», significa que Dios rescató a Israel juzgando a quienes obstaculizaban a su pueblo. Después de liberarlo de la esclavitud, Dios cuidó de él en el desierto durante 40 años. Luego destruyó siete naciones de Canaán para que Israel heredara la tierra que aquellas naciones habían habitado (la lista se encuentra en Deuteronomio 7). La tierra de Canaán no fue un botín de conquista que Dios regaló a los israelitas; fue una herencia. ¿Por qué una herencia y no un botín de guerra? Porque Dios ya era el dueño de la tierra; cientos de años antes había prometido dársela a Abraham. Desde el instante en que Dios lo prometió, la tierra pasó a ser de Abraham. Solo faltaba que sus descendientes tomaran posesión de ella. Así que el Señor simplemente desalojó a los ocupantes ilegítimos y entregó a los herederos legítimos — Israel— lo que les había legado hacía mucho tiempo. Dios es Padre de sus hijos, Israel, y eso es lo que hacen los padres.

El versículo 20 dice que el proceso de la estancia de Israel en Egipto, su rescate por parte de Dios, el viaje por el desierto y el desalojo de los ocupantes cananeos tomó 450 años. Esta cifra es redondeada y no debe tomarse como exacta. Después, el Señor dio jueces (**shofetim**) para gobernar a Israel. La época de los jueces se extendió hasta Samuel, que fue en parte juez y en parte profeta. Pero el pueblo de Israel quiso tener un rey como sus vecinos gentiles, así que Dios les dio a Saúl, miembro de la tribu de Benjamín. Hagamos otra breve pausa para establecer una conexión interesante. En Génesis 45, dentro del relato de José y sus hermanos cuando fueron a Egipto a comprarle grano, leemos que José dio a su hermano menor Benjamín cinco veces más comida, ropa y plata que a sus otros hermanos. En Egipto, cinco veces la porción normal era la porción real. ¿Por qué le dio José esa porción a Benjamín? ¿Porque tenían la misma madre? ¿Porque Benjamín era el único hermano que no era culpable de vender a José como esclavo? Ciertamente no porque

Benjamín fuera a heredar la nación de Israel; ese sería un hermano mayor, Judá. Cualquiera que fuera el verdadero motivo de José en aquel momento, al final aquello fue profético de que Saúl, de la tribu de Benjamín, se convertiría en el primer rey —la primera realeza— de Israel.

Pero entonces llega un punto de inflexión importante: después de 40 años, Dios destituye a Saúl y entrega el trono a David, de la tribu de Judá. Esto prepara el escenario para el descendiente mesiánico de David, quien volvería a liberar a Israel. El rey David fue escogido porque haría lo que Dios quería, pues era un hombre conforme al corazón de Dios. Recordemos que, en la Biblia, las referencias al corazón no se refieren a las emociones ni a los sentimientos afectuosos. En aquella época, los antiguos creían que el órgano del corazón (*lev*) era donde ocurrían los procesos del pensamiento —la mente—, pues no sabían que tenían lugar en el cerebro. Así que Dios está diciendo que David era un hombre conforme a la mente de Dios: David quería lo que Dios quería.

En el versículo 23 se cumple la promesa mesiánica. Dios prometió a David que su linaje nunca terminaría, y leemos esa promesa en varios lugares de la Biblia; el primero donde aparece registrada es 2 Samuel 7.

2 Samuel 7:9-16, CJB

9 He estado contigo adondequiera que has ido; he destruido a todos tus enemigos delante de ti, y estoy haciendo que tu reputación sea grande, como la de los personajes más importantes de la tierra.

10 Asignaré un lugar a mi pueblo Israel y lo plantaré allí, para que pueda vivir en su propio lugar sin que nadie lo perturbe. Los malvados ya no lo oprimirán como al principio,

11 y como lo hicieron desde que ordené que hubiera jueces sobre mi pueblo Israel. En cambio, te daré descanso de todos tus enemigos. Además, ADONAI te anuncia que ADONAI te hará una casa.

12 Cuando lleguen tus días y descanses con tus antepasados, estableceré después de ti a uno de tus descendientes, de tu propia carne y sangre, y afirmaré su reino.

13 Él construirá una casa para mi nombre, y yo estableceré para siempre su trono real.

14 Yo seré padre para él, y él será hijo para mí. Si hace algo malo, lo castigaré con vara y golpes, como se castiga a todos;

15 sin embargo, mi gracia no se apartará de él, como se la quité a Sha'ul, a quien aparté de tu presencia.

16 Así tu casa y tu reino quedarán asegurados para siempre delante de ti; tu trono será establecido para siempre».

Entonces Pablo dice que, en cumplimiento de la promesa de asegurar para siempre el trono de David, Dios ha traído a Israel al descendiente de David que se sentará en ese trono eternamente, y su nombre es Yeshua.

Mi oración diaria es que Yeshua regrese muy pronto para ocupar ese trono de David para siempre. Continuaremos con Hechos 13 la próxima semana.